

La mujer de la casa.

O Franco



La mujer  
en la casa.

# Capítulo 1

La mujer en la casa.

Como buena mujer de campo, Rebeca salió de casa esa mañana vestida de negro de cabeza a pies, como una cascada de sombra que se refugia en las pocas sombras antes de ser abatida por el astro rey que se asomaba ya por el horizonte.

Con la mano temblorosa por el viento frío cerró el maletero y subió al auto sintiendo un sabor amargo en la lengua. Tenía más de 12 años de no ver a su hermano y ahora más que nunca, las condiciones del reencuentro no eran lo que había soñado.

Volver a casa de la manipuladora madre de Susana le traía recuerdos oscuros y depresivos del proceso de separación con su hermano: semanas de intrigas y engaños que terminaron convenciendo a Aarón que haberse encontrado con su alma gemela era casi un milagro y por ende, debía estar devotamente agradecido y entregado a ella, aún apartándose de los lazos de sangre.

Rebeca tomó el camino empedrado hasta llegar a la playa y manejó toda la noche por la costa, soportando el calor y los mosquitos. Desde hacía semanas tenía en mente la inquietante idea de hacer lo que fuera necesario para recuperar la relación con su gemelo.

Se había imaginado varias veces regresando con la policía a casa de su familia política alegando manipulación psicológica en el hombre de poco más de cuarenta años. En otra ocasión, disfrutó un ensueño en el que entraba con una pistola en mano y tal como en una película, de forma segura y amenazante, lograba que su hermano saliera agarrado de su mano de la antigua casa y se subiera al vehículo de sus padres para vivir con ella en un clima más caluroso.

Sin embargo, al parecer la realidad distaba de toda esa ilusión y aventura. La noche anterior Aarón le había hecho una corta llamada al celular para informarle nerviosamente que su suegra acababa de morir y enfatizando que Susana le había sugerido invitarla a reunirse con ellos para vivir el duelo como familia. Lo que a pesar de no parecer muy creíble, era un excelente motivo para que Rebeca volviera a su lado.

Prendió la radio. Un locutor con actitud de auto complacencia y poca energía daba noticias del clima e invitaba a no perderse la feria de los descuentos en Almacenes del Rey, la tienda que era icono de lo estancado que estaba el alejado y rústico pueblo en que ella vivía desde que dejó La Capital.

A mitad del viaje, Rebeca comenzó a sentir cómo la adrenalina le abrazaba el cuerpo. Como una amante silenciosa, la rodeaba poco a poco apretándole el busto, con el suave pero firme deseo de poseerla por completo.

Para tranquilizarse, prendió un cigarrillo y bajó la ventanilla del auto. Dio tres fumadas, pero debido a una chispa que saltó hacia adentro del vehículo y le quemó la mejilla, decidió apagarlo.

Una parada o dos en estaciones de gasolina bastaron para completar el viaje de ocho horas; así que para las cuatro y media de la tarde, estaba entrando en la Ciudad de México.

El exceso de vehículos y personas hizo estragos en sus nervios, irritándola y obligándole a gritar maldiciones a todos aquellos que le hacían sonar el claxon. Pero ella se mantuvo enfocada en el trayecto e incluso por un momento, dejó a un lado la ansiedad provocada por el motivo del viaje.

Llegó a Polanco dos horas más tarde de lo esperado. La mansión estilo californiano seguía como años atrás la había dejado: su pórtico de madera raspado le recibía con tal rigidez que sólo faltaba un letrero con grandes

letras rojas diciendo "Largo de aquí. No eres bienvenida".

La hiedra había cubierto casi toda la fachada, incluyendo los marcos de ventanas y puertas, lo que dejaba claro que el exceso de control de la anciana estaba ausente desde hacía tiempo.

Se bajó para tocar el timbre y se topó con el Intercomunicador de video. Timbró dos veces, pero sólo escuchó un tono meloso que salía desde el aparato. Una voz que le parecía familiar pero distante dijo robotizadamente: - Rebeca. Estamos esperándote desde hace una hora. En un segundo te abro. Entra por favor, baja por la rampa y estacionate entre mi camioneta y la jardinera.

Al instante, el viejo portón comenzó a abrirse lentamente. Rebeca dio un paso hacia el centro y extendió los brazos, aún dudando si era buena idea mostrarse tan cordial con su odiosa cuñada.

Desconcertada esperó a que el portón avanzara, pensando por qué Susana se mantenía detrás. Sin prestar mucha atención más que a su respiración agitada, se percató que no había nadie cuando desde la caja de la pared volvió a salir la voz aguda de su cuñada ordenándole, muy al estilo de su recién fallecida madre: - ¿Qué esperas?, deja de perder el tiempo y apúrate que vamos tarde. Recuerda, entre mi camioneta y el macetero. ¡Apúrate!

Sin entender del todo cómo es que había abierto la puerta tan pesada un mecanismo silencioso, regresó al auto y siguió las instrucciones recibidas. Se estacionó conteniéndose para no estrellar su viejo Malibú contra la moderna camioneta gris de su cuñada.

Respiró profundo. Giró el espejo y revisó su maquillaje. Sentía el latir de sus venas de una forma intensa y su cuello crujió al girarlo. - Todo estará bien - se dijo.

Bajó del auto y subió por el pasillo de piedras de río. Con cuidado de no tropezar, llegó en penumbra a la puerta y entró a la casa. Las luces en automático se encendieron: primero el hall, después el pasillo y por último la sala.

En contra de lo que hubiera esperado, el aroma a madera vieja había desaparecido y ahora un perfume de violeta invadía el espacio llegando incluso a ser irritante. Esto hizo que Rebeca sonriera al pensar qué tal fragancia denotaba el nuevo reinado que ahora regía la casa.

Esperó pero nadie apareció. Hola, ¿Aarón? - se sorprendió al oír su propia voz calmada. ¿Susana? Nadie respondió. Nadie hizo ruido.

Se le hizo raro y recordó los años lejanos en que su hermano se escondía detrás de las puertas para aparecerse de un brinco y romper el silencio con un grito. Pero era ya mucho tiempo de eso. Seguramente Aarón ni siquiera lo recordaría.

En ausencia de una invitación se adentró por el pasillo hasta llegar a la sala. Todo era como lo recordaba: los muros altos y vigas, cantera decorando barrocamemente las esquinas y la gran chimenea. Pero ahora junto a esto convivía una amplia variedad de superficies blancas y negras, brillantes y lisas, como losas de mármol en diferentes formas.

En especial, sintió cierta fascinación por la chimenea, en donde las flamas estaban alineadas en medio de dos cristales altos y rodeadas de cristales resplandecientes.

¿Hola? volvió a decir. - sintió su aliento pesado y pudo distinguir cierto olor a tabaco mezclado con café que le hizo sonrojarse. Y de inmediato se hizo consciente de la grasa en su piel, pues a pesar de ya no sudar su cuerpo se sentía sucio.

Estuvo por decir por tercera vez el saludo, cuando en la cima de la escalera se asomó Susana con actitud altanera. O al menos desde donde Rebeca estaba, esa impresión daba. No era de esperarse que lo primero que dijera fueran reclamos.

Eres una inconsciente, mi madre está por ser cremada y nosotros aún tenemos que esperarte. ¡Vámonos ya! - gritó haciendo retumbar el espacio con su aguda voz.

Se oyeron unos pasos y una figura delgada y conocida se apareció detrás. Tenía un aire familiar pero se escondía en grandes ojeras alrededor de los ojos y una cabellera algo raída.

Rebeca - mencionó el hombre de traje negro mal acomodado. - Hermana, cuánto tiempo. Gracias por...

¡No pienso esperar más, cada segundo que estamos aquí, dejo sola a mi madre! - gritó Susana y comenzó a bajar la escalera de forma iracunda. Su molestia se veía en la mirada, pero se extendía con el eco que cada taconazo daba en el suelo. Los espero en el auto - gritó mientras pasaba al lado de Rebeca sin la mínima intención de detenerse a saludarla.

Aarón alterado, inquieto, tembloroso, bajó detrás aún sosteniendo el nudo de la corbata, que soltó para abrazar a su gemela. - Hermana, gracias por... - nuevamente la frase se interrumpió con el sonido del claxon de la camioneta, así que sin perder tiempo dijo - "¿estás lista?"

Rebeca algo contrariada movió la cabeza negándolo. - Perdóname, estoy hecha un desastre. ¿Será posible que pueda darme un baño rápido y alcanzarlos? Le dijo.

Claro hermana. Te mando la ubicación a tu celular - y sacó de su bolsillo un pequeño dispositivo negro.

Rebeca lo vio y apenas nuevamente exclamó: - Quizá no te lo haya dicho por teléfono o tal vez sí. Pero mi teléfono sigue siendo mi Nokia azul de siempre; y le mostró el desgastado equipo de pantalla verde a Aarón.

- No servirá de nada que me mandes la dirección. Pero si me la apuntas, seguro llego - dijo - Aún recuerdo cómo moverme en la ciudad. Espero. - y volteó la vista hacia el piso gris reluciente.

Suspirando decepcionado, Aarón se giró y fue a una pequeña pared de paneles blancos. Presionó uno que, al contacto, se abrió dejando ver en su interior una serie de repisas con diferentes objetos. Tomó un pequeño bloc de notas amarillo y una pluma fuente y encendiendo en ella una luz garabateó en el papel.

Caminó de regreso y extendiendo la mano a Rebeca para darle la nota le dijo: aquí estaremos, no está muy lejos. Sólo por favor no tardes. Tu habitación será la de mi suegro, ¿recuerdas? Subiendo las escaleras a... - a mano derecha, primera puerta. - de forma sincronizada dijo ella.

En la habitación está todo listo y hay todo lo que necesitas. ¿No te importa quedarte sola? - Rebeca negó con suavidad. - Por favor, hermana - y suspirando - me da mucho gusto que hayas venido, sabes que para nosotros es importante.

Para ti - enfatizó Rebeca - y por eso estoy aquí. Gentilmente le acomodó la corbata. Estaba a punto de decirle que se marchara, cuando la puerta de la entrada se estrelló de golpe contra el muro.

¡Con mil demonios Aarón, tengo que recordarte que aquí la importante soy yo! Te quiero en la camioneta a-ho-ra - Cantó desquiciada Susana y

volvió a desaparecer.

Está bien. Allá te espero. No tardes. Si necesitas algo llámame. Dijo el delgado y nervioso hombre, avanzando estresadamente hacia la puerta principal.

Estaré bien. Te veo en unos minutos.

Los pasos desaparecieron. Se oyó el motor en marcha y Rebeca pudo imaginar la grotesca escena que le esperaba a su hermano. Sintió coraje e impotencia pero se dijo a sí misma que no era momento.

Al percatarse que se había dejado llevar por un ensueño y el tiempo pasaba, Rebeca sacudió la cabeza, respiró y fue a su auto por la pequeña maleta que había preparado hacía unas horas.

Al volver a la sala, percibió nuevamente el exceso de superficies claras y frías, lo que le hizo pensar en un mausoleo. No había adornos, sólo dentro de la mesa de centro un florero metálico se levantaba una flor exótica que no sabría definir como tropical o desértica.

Avanzó directo hasta el pie de la escalera en donde llamó su atención un tablero de acero empotrado en la pared con una serie de notas como la que Aarón le había dado. Las observó. Todas estaban relacionadas con una mujer. Era una serie de recordatorios de lo que debían pedirle a ésta, por lo que asumió que sería quien se hacía cargo de la limpieza de la casa.

Tragó saliva con dificultad ante lo que le pareció el reflejo de la vida de su hermano: la mayoría de las notas estaban escritas con una clara letra marcada en el papel y parecían gritar órdenes de forma arbitraria, mientras que sólo un par de cuadrados amarillos habían sido creados por un segundo autor. Un personaje cuya mano delgada y temblorosa, había grabado en ellos amables mensajes, con movimientos tan ligeros que las

letras que le formaban parecían flotar en el reducido espacio.

Cambiando la maleta de mano para poder apoyarse del pasamanos pegado a la pared, pues le ponía de nervios tener que subir la vieja escalera de caracol, Rebeca volteó en varias direcciones buscando los apagadores de la Luz, pero no pudo encontrar los interruptores. Pensando en que la inmensa fortuna de la nueva heredera no se vería mermada por el gasto de la iluminación, se dirigió a la habitación indicada.

Junto a la puerta seguía el viejo cuadro de los padres de Susana. Sólo que ahora en un marco metálico brillante y no en de madera caoba tallado que ella recordaba. Con la misma curiosidad infantil con que había apreciado el acomodo de las notas de papel un minuto antes, se detuvo a contemplar los trazos del óleo.

La anciana estaba sentada con el cuerpo totalmente erguido, en una silla estilo Luis XV con descansabrazos de terciopelo color rojo y sostenía en la mano tropical muy parecida a la que aún conservaban en la sala. Detrás, con un aire más relajado, Don Antonio posaba sonriendo. La mano derecha sobre el corazón, mientras que la izquierda descansaba sobre el hombro de la horrenda mujer, quien a su vez, tenía la mano sobre la de él.

Rebeca recordó la última vez que estuvo en la casa. Una tarde en la que Don Antonio le había pedido que no se rindiera, asegurándole que con el tiempo podría ganarse un lugar entre ellos. Un sacrificio que bien valía la pena a cambio de estar cerca de su hermano.

Quién diría que una semana más tarde, encontrarían al anciano tirado al pie de la escalera. Muerto, debido a un paro cardíaco o a la caída en sí.

Volvió a observar el asfixiante acomodo de las manos cuando un escalofrío le recorrió el cuerpo. Jamás llegó a conocer a alguien más despreciable y chantajista que a la anciana que recién había dejado el mundo para comenzar a pagar sus deplorables actos. Como aquel cuando había abofeteado a la cocinera por haber salado la sopa o cuando llamó a la

estación de policía para acusar de ladrón al jardinero, quien había osado, sin permiso, a trepanar su seco arbusto de hortensias.

-Así que por fin nos dejaste en paz. - dijo Rebeca en voz alta, mirando fijamente el retrato de la aristocrática mujer. - Por fin vas a pagar toda tu maldad. Y ya ves, te equivocaste aquel verano cuando me afirmaste que mis padres estaban muertos y que si seguía llorando por ellos, también yo lo estaría. - la voz de Rebeca se entrecortó - Por fin puedo decirte que te detesto por aprovecha nuestra situación de orfandad. Te odio porque hiciste de nosotros el saco de boxeo ideal para ti y tu posesiva hija.

Rebeca aclaró la garganta. Una lágrima se escapó dejando atrás una estela negra de maquillaje. - Y ahora puedo verte como lo que eres: una mujer y no más. Una mujer que murió y que no puede hacernos ya nada.

Suspiró lentamente dejando que sus ojos expulsaran las lágrimas restantes y pensó entonces qué habría sido de Clara, la sirvienta de la casa. De estar viva, seguro estaría ya postrada en cama. ¿Habría seguido hasta el final con la Señora o algún enamorado la habría logrado rescatar de su esclavitud? En fin, ya habría oportunidad de preguntárselo a Aarón. Pensó.

Dejando todas las ideas atrás, caminó hacia la habitación asignada y abrió la puerta esperando que los recuerdos le impactaran como el irritante perfume de la sala pero no fue así. Al contrario, le sobresaltó que la luz se encendiera sola y se preguntó si habría algún mecanismo en toda la casa que detectara la presencia de las personas como detonador para iluminar las habitaciones. Eso explicaría por qué no pudo encontrar los interruptores. Volteó hacia el alto techo y fue cuando se percató de la existencia de diversas cajitas blancas con un foco verde titilante, colocadas de forma alineada por toda la superficie.

Soltó la perilla y estaba por dar el primer paso cuando escuchó desde el primer piso la voz de una mujer. - Sobresaltada dijo -¿Susana? ¿Aarón? ¿Volvieron? Silencio. ¿Susana? ¿Aarón? Repitió por segunda vez. No hubo

respuesta.

Su corazón se aceleró, quizá por culpa de la voz, quizá por culpa del café. Tragó saliva. Se sintió como aquella adolescente que había sido maltratada más de una vez en esa casa por la Señora Romero. Tembló y volvió a decir: ¿hola? Nada.

Decidió dejar la maleta en el suelo y bajar. Silenciosa caminó por los pasillos. Temerosa. Sintiendo que en cualquier momento podría encontrarse con la amargada mujer de Romero. Pero eso era imposible.

Fue a la cocina. Salió a la terraza y rodeó la casa para entrar por la cocina. El sol que la había acompañado durante el viaje estaba por desaparecer pero aún era suficiente para alumbrar los espacios. Tras un par de "holas" al vacío, decidió aceptar que no había nadie y regresar al plan original: alistarse para alcanzar a su hermano y a su inquietante esposa en el velatorio.

Si algo debía reconocer es que nunca había aprendido a vencer el miedo por la soledad. Por eso en el pueblo de Oaxaca había estado moviéndose de una a otra casa de huéspedes en donde siempre estuviera rodeada de voces. Incluso de noche, era la única persona a quien los cohetones de las fiestas del pueblo o el ruiderón provocado por los borrachos le daba paz, pues la alejaba del silencio.

Pero repentinamente, volvía a estar en un lugar que le aterraba y en circunstancias similares a cuando era encerrada por horas en los roperos de la vieja casa. Se sintió asfixiada y se llevó la mano a la garganta. Suspiró hondamente buscando que sus pulmones se llenaran de aire a su máxima capacidad. - Son tus nervios, debes apurarte. - Se dijo y entró con prisa en la habitación, cerrándola con llave.

Al momento, se sintió en otro lugar del mundo. La habitación podía ser la de cualquier hotel de cualquier cadena importante. Todo limpio y ordenado. Sin adornos. Sólo un cuadro de flores arriba de la cabecera, del

que salía una luz blanca que bañaba los almohadones.

Y en la mesa de noche una pequeña bocina que al acercarse, no supo como encender. Presionó con cuidado los botones pero sólo logró que una luz azul recorriera de forma juguetona todo el borde superior.

Puso con cuidado la maleta sobre la cama y la abrió. Dos faltas, dos blusas y un vestido. Todos negros. Era lo que pensó llegaría a necesitar.

Se quitó los zapatos, tomó el vestido y fue hacia el baño. La luz estaba prendida y se escuchaba el sonido de un pequeño extractor. Tomó una toalla de una repisa, se desnudó por completo y entró en la tina. Si fueran otras las condiciones, hubiera agradecido que le ofrecieran sumergirse en agua caliente y dejar que el cuerpo soltara toda la rigidez que había adquirido durante el viaje pero no era así.

Se sobresaltó al ver que no había una llave. Claramente el baño tenía una tina y una regadera, pero no tenía mecanismo para activarla. Astutamente, tocó la pared tal como Aarón había tocado las superficies blancas de la sala pero no sucedió nada.

Rozó todo el borde de la tina con el mismo resultado. Decidió entonces acercar la mano a la regadera.

Al hacerlo, un chorro de agua fría le cayó en los ojos y en el cuerpo. Alejó la mano y el agua cesó.

Cual cachorro indefenso, sacudió el cabello de forma violenta y estaba recobrándose del impacto cuando su cuerpo se paralizó repentinamente al escuchar de nuevo la voz de la mujer.

Estaba sola. Lo había constatado por sí misma y era imposible que su cuñada hubiera regresado si para ese momento la misa estaría apenas en la homilía.

El corazón sin sentido se le alteró nuevamente. La sangre se le fue a las sienes y la garganta se le secó por completo. Se sintió indefensa. De inmediato se enredó la toalla alrededor del cuerpo. Se quedó callada y quieta. Escuchando.

No se oyó nada. Sólo silencio y de fondo el ruido del extractor dando al lugar la sensación de un gran refrigerador.

Su respiración siguió agitada. No se movió. Trató de agudizar el oído pero nada. Sólo se escuchaba el chapoteo de sus pies desnudos en el charco de agua que había quedado en la tina.

Lo siento, no encuentro descanso - dijo la voz a lo lejos. En un arranque de emociones y tomando todo el valor que podría existir en cada una de las células de su cuerpo, Rebeca se levantó con decisión sujetando con las dos manos la toalla y de forma ansiosa salió de la tina dando un paso hacia adelante.

Repentinamente todas las luces se apagaron. Perdiendo sentido y orientación, la seguridad de Rebeca se convirtió en un paso en falso, un rechinar de la piel contra el piso de porcelana blanco y frío y terminó en un golpe seco. El silencio se desbordó como agua hasta los oídos de Rebeca que ya no escuchaban.

Ella sintió la sensación de una mano acariciándole el cabello. Era cálida. La voz le habló de nuevo: "está bien."

A varias cuerdas de la antigua casa, la pequeña pantalla de un dispositivo inteligente brilló. En el borde superior por unos segundos apareció una

leyenda: Alexa ha apagado las luces.

Unos labios con labial carmesí dibujaron una sonrisa de victoria mientras rezaban: "es justo y necesario".